

EL GEOGRAFO AGUSTIN CODAZZI Y LA COMISION COROGRAFICA

Escribe: MANUEL JOSE FORERO

En la mañana del 21 de enero de 1850 dos viajeros tomaban el camino del norte, a partir de Bogotá, con el propósito de dar comienzo a las peregrinaciones que exigiría la Comisión Corográfica. Tierras incógnitas eran, a mitad del siglo pasado, muchas regiones colombianas. A describirlas iba en esta ocasión memorable una de las mejores plumas de entonces, la del célebre don Manuel Ancizar.

En tal fecha empezaban a tomar forma visible las patrióticas ambiciones de los magistrados y legisladores de la nación, preocupados desde hacía varios lustros por la tiniebla arcana en que se hallaban envueltos tantos cuantiosos ríos y tantas duras montañas, tesoro natural del país.

Esta primera expedición empezó con las observaciones relativas al Boquerón de Torca y a las Peñas de Fusca, a Zipaquirá y Nemocón, Fúquene y Simijaca. Se detuvo en Chiquinquirá, Paime, Puente Nacional y Vélez, historió la insurrección comunera en los distritos del Socorro, Charalá y Mogotes, y trazó cuadros de exquisito sabor en las páginas de la **Peregrinación de Alpha**, eximio fruto del talento de Ancizar.

Un año después, en enero de 1851, con entusiasmo idéntico la Comisión Corográfica continuó visitando y describiendo el norte de la Nueva Granada. Los paisajes de entonces nos dicen lo que fue visto por los austeros peregrinos en el Cocuy, en las comarcas habitadas por los indios tunebos, en Sogamoso, Pueblviejo, Tunja, y la Villa erigida por el Presidente Venero de Leiva en sitio propicio a la reflexión y la paz. Toda la mag-

nificencia campesina de Boyacá es perceptible como resultado de la segunda salida de aquellos laboriosos geógrafos.

La tercera fue enderezada al conocimiento de tierras bien distantes de Cundinamarca y Bogotá, es decir a las de Antioquia, el Cauca y el Tolima. Acostumbrados como estamos los colombianos de hoy a la presteza de las comunicaciones y a la ligereza de nuestros pasos, ciertamente no podemos precisar cómo fueron de ásperas las marchas de los investigadores a quienes presidía y gobernaba con su inmensa autoridad y pericia don Agustín Codazzi. Escalar en 1852 las altas montañas antioqueñas, atravesar el Quindío a lomo de mula, recorrer las vegas del Cauca y ponerse en contacto con sus rudas eminencias fueron graves empresas realizadas en la tercera parte de aquellas faenas gigantescas.

El río Magdalena con todas sus características y significado ocupó una parte del año de 1853 a los miembros de la Comisión Corográfica. Para elogiarlos es preciso recordar a sus dibujantes, puesto que nos legaron en las láminas del **Album** excelente y en otras no incorporadas a él, lecciones vivas originadas en su curiosidad y pericia. El venezolano Carmelo Fernández, el inglés Enrique Price y el colombiano Manuel María Paz, se distinguieron entonces y se presentaron como dignos de la perpetua estima del agradecido pueblo a quien sirvieron.

Después de esta cuarta expedición el Coronel Agustín Codazzi (que pronto obtuvo el grado de General de Ingenieros para honra nuestra), cooperó en tareas de tan singular colorido como el estudio del istmo de Panamá. Desde los días de la Gran Colombia ella se ilusionaba con abrir un canal en aquella comarca; ahora, en 1853 y 1854, Codazzi intervenía en asunto de tanta envergadura y de tan vastas proyecciones.

A Cundinamarca se consagraron los esfuerzos de la Comisión Corográfica en 1855. Lástima que no dispongamos de los relatos consagrados por sus integrantes a esta comarca igualmente dilatada y valiosa, en donde las llanuras y las cordilleras ofrecen a una población infatigable múltiples posibilidades y vigorosas adquisiciones. Algunos dibujos declaran el entusiasmo de los viajeros por ciertas curiosidades naturales de dicho territorio.

La séptima salida de los geógrafos venerables y diestros tuvo como propósito el conocimiento de los Llanos Orientales. Cierto que habían apreciado ya los encantos del Valle del Cauca y conocido el abanico de sus palmeras; en realidad les faltaba incorporarse a la tierra en donde los Centauros de Bolívar y Santander prepararon la hazaña del Pantano de Vargas e iniciaron la Batalla de Boyacá.

Como octava de las expediciones ha de contarse la dirigida al sur del país. En la aldea humildísima de San Agustín se sorprendieron los comisionados con los vestigios escultóricos del pueblo que asombró el sabio Caldas. Por segunda vez los colombianos se vieron llamados al conocimiento de un sitio arqueológico de primera categoría, riquísimo en verdad en misterios. Parajes ásperos del Puracé y del Huila fueron recorridos por la Comisión en medio de considerables privaciones. Fácil es decir qué puntos alcanzaron en sus andanzas, pero no es posible apreciar en su valor altísimo lo que ellas significaron para nuestra geografía, nuestros anales y nuestra civilización.

La novena expedición fue bien triste... Codazzi la emprendió a fines de 1858. No pudo terminarla. Las comarcas del Magdalena y de Bolívar le invitaban a grandes resultados. Pero en el libro de Dios estaba escrito que los vientos helados de la Sierra Nevada de Santa Marta agitarían por última vez sus nobles cabellos encanecidos, el 7 de febrero de 1859.